

Carta a un ateo

por José Grau

Mi querido amigo:

Es muy posible que yo tampoco crea en la clase de «dios» cuya existencia niega usted: «El Dios que el hombre se imagina nace... y muere igualmente en el hombre», me escribe como réplica a mi artículo «¿HA HABLADO DIOS?», aparecido en el número 384 de TRIUNFO.

Desde luego, no creo en dioses que sean el fruto de nuestra imaginación o la proyección de atávicas reminiscencias.

Yo tampoco creo

Si usted no cree en un dios que parece haber renegado de su Creación, que condena la materia—obra de sus manos—y que odia el sexo, el cuerpo, la belleza y la vital explosión de la vida del universo, le diré que yo tampoco creo en ese dios que nada tiene que ver con la Divinidad revelada en las Sagradas Escrituras hebreo-cristianas.

Si usted no cree en un dios que hace meritorio el dolor de sus criaturas, que detesta la razón y que, sádicamente, se complace en la ignorancia y el servilismo, le diré que yo tampoco creo en él.

Si usted no cree en un dios amigo de los poderosos solamente y celoso únicamente del «statu quo», enemigo de reformas y entorpecedor del progreso, le contestaré que yo tampoco puedo creer en ese dios.

Pero, le diré más: yo no podría creer tampoco en un dios cuya existencia debiera probarse mediante silogismos, un dios que fuera el resultado de nuestra investigación, un dios, en fin, que bien pudiera confundirse con nuestros mitos y nuestras ilusiones. Y no podría creer en ese dios tampoco, porque todo lo que pueda nacer en nosotros, todo lo que surge de nuestros reflejos o complejos, tanto como de nuestra envanecida razón, no suele ser siempre lo más razonable y nos haría dudar en cualquier momento.

¿No debe existir Dios?

«Dios (hipotéticamente hablando) —me escribe en su carta— no solamente no existe, sino que NO DEBE existir, como imperativo moral del ser existente en el mundo, clavado en su propia existencia. Me es más fácil demostrar que Dios no existe que admitirlo. Un encadenamiento lógico e irrefutable me lleva a ello. La misma existencia humana como voluntad libre en el mundo niega ontológicamente y de una vez para siempre la existencia de un Ser Absoluto, infinito, omnipotente, etcétera». ¿No le parece que hay mucha temeridad en tales tajantes afirmaciones? ¿No convendría matizar más? En todo caso, dígame: ¿no cree porque no puede, o porque no quiere? Todo esto del «encadenamiento irrefutable» y del dios que «no DEBE existir», ¿no delata una carga de subjetivismo excesivamente pesada para permitirle un estudio sereno de la cuestión?

De la misma manera que yo me niego a cualquier clase de fe basada simplemente en suposiciones o imaginaciones, ¿no le parece aconsejable descargarse un poco de este pesado fardo de emotividad atea?

El Libro que revela a Dios

Se escandaliza usted porque creo que la Biblia es la Palabra de Dios y, porque como principal realidad y prueba de mi argumentación, presento a la Biblia misma. Su conclusión es tan tajante como las demás afirmaciones: «Así que el Libro en que se apoya la Revelación cristiana es incapaz de demostrar que Dios existe, y ni siquiera revelarlo».

Discrepo totalmente. Yo creo en Dios porque creo en la Biblia. Aún más: antes de conocer la Biblia, mis ideas acerca de Dios no eran más que esto: ideas, imaginación, cuando no mito o superstición. Hace gala usted de un gran desdén hacia la Sagrada Escritura, y de ahí que considere todo argumento que se la tome en serio «un atrevimiento poco común en el hombre medianamente sensato».

Mire lo que son las cosas, a mí me parece que la única sensatez estriba en no apoyarnos en nosotros mismos. Seamos realistas, objetivos, y hagámonos la pregunta: ¿Cómo podremos saber si hay Dios? Y si le hubiere, ¿cómo llegar a conocerle? Estas preguntas tienen una sola respuesta: Si algún día hemos de llegar a saber algo de Dios ello será posible en la medida en que Dios mismo quiera decírnoslo.

Muchas personas plantean el problema de otra manera: se imaginan que el creer o el no creer habrá de ser la consecuencia, el resultado de sus propios descubrimientos. Tal suposición es errónea. Hipotéticamente hablando, dado que exista Dios, es, a todas luces, improbable que nosotros, criaturas limitadas, débiles e imperfectas, podamos hacer el gran descubrimiento de esta Realidad que llamamos «Dios» si Dios mismo no hace nada por darse a conocer o no está interesado en revelarse. Lo menos que puede decirse del dios que algunos pretenden negar y en el cual otros dicen creer, es que es una tal divinidad, capaz de ser descubierta o investigada por el hombre, es apenas digna de ser hallada. Un sujeto casi pasivo de la investigación del hombre no es ciertamente un Dios vivo que pueda satisfacer las ansias de nuestro ser. Un ser divino que pudiera ser descubierto por sus propios esfuerzos, independientemente de su voluntad y de su gracia, o bien sería el simple nombre de algún aspecto, o escondido, de la propia naturaleza humana —un dios dentro de nosotros mismos,

apto para el examen del psicoanalista—, o bien, en el mejor de los casos, una «cosa» meramente pasiva, sujeta a mi investigación como las sustancias que se analizan en un laboratorio.

El Dios que ha muerto y el Dios vivo

Aun a riesgo de escandalizarle nuevamente, debo insistir en que no podemos hablar de ateísmo ni de fe «operando» con esas deformaciones de la divinidad. En este sentido bien podemos afirmar: «Dios ha muerto». Pero al Dios vivo no llegaremos jamás a conocerle si no decide él mismo darse a conocer. Ahí está el quid de la cuestión: Dios se dio a conocer, Dios se ha revelado en medio de la historia de los hombres. Esta revelación culmina en Jesucristo, la Palabra de Dios hecha carne. Y su testimonio, para todas las generaciones, y consiguientemente también para nuestro tiempo, ha quedado registrado en las páginas de la Biblia, la Palabra escrita.

Cristo es el centro de la fe. Y su Palabra —la Biblia— el gran testimonio de esta fe. Un testimonio histórico, objetivo.

El problema no estriba simplemente en indagar quién haya creado el universo o cómo ha llegado a formarse. Lo que caracteriza al cristiano no es la premisa de que Dios creó el mundo —Voltaire también creía en un Creador—, sino la aceptación del hecho de Cristo, con todo su significado iluminador y redentor: el hecho de que Jesús de Nazaret, aparecido en un momento dado de la Historia y al espacio de los hombres, nos reveló al Padre, nos mostró a Dios. Dios no es una abstracción, la pieza inerte de un sistema. Dios se ha manifestado como ser personal, soberano, libre y, sobre todo, con un amor que le define y que caracteriza su acción en y por el mundo. Abraham, el padre de los creyentes [como se le designa en las Escrituras], tuvo confianza en el amor de Dios. Este amor se ha traducido para nosotros en la persona y la obra de Jesucristo no solamente mediante las palabras que Jesús pronunciara, sino por medio de toda su vida.

Como escribió E. Joly: «Nuestra fe no es ciega. Descansa sobre una base histórica. Estamos al corriente de toda una serie de acontecimientos que, desde Abraham hasta Jesucristo, nos revelan a Dios. Nuestro espíritu crítico tiene el campo libre para estudiar científicamente estos hechos históricos. Al llegar a este punto, algunos de nuestros contemporáneos protestarán y alegarán que la verdad no puede conseguirse más que por la experimentación y el razonamiento científicos. Pero es menester denunciar tamaña deformación del espíritu moderno y mantener firmemente que hay también certidumbres históricas. El testimonio histórico conduce a una clase de certidumbre tan rigurosa como cualquier otro medio de conocimiento. ¡La vida cotidiana misma sería imposible si dudáramos de ellos!».

O como asevera Alain Bernard: «No hablamos de fe sino cuando la realidad que se nos ofrece sobrepasa nuestras posibilidades de alcanzarla, y entonces nos vemos obligados a fiarnos del testimonio de alguna persona competente... Dejaremos sin contestar la cuestión de saber lo que la razón humana, dejada de sus propias fuerzas, puede decirnos acerca de Dios. De todos modos, ese conocimiento sería siempre muy limitado. Lo que la razón no puede decirnos de Dios, vamos a preguntarlo a los «testigos de Dios» y al testigo por excelencia: Jesucristo. Tener fe, creer, significa prestar confianza a los testigos de Dios, sobre todo es confiar en Jesucristo y jugarlo todo por él. La fe, pues, no es algo instintivo que se tiene o no se tiene. Es un acto de la «inteligencia» que exige, para poder tener confianza en Jesucristo, el examen de las garantías sobre las cuales se apoya dicha estima. Es, asimismo, un acto de la inteligencia que se esforzará en comprender el mensaje de Jesús para captar toda su cohesión y su valor. Será también un acto de la voluntad, ya que esta decisión será necesaria para conducir nuestra búsqueda. Ella será tanto más indispensable para comprometer toda nuestra vida en la senda que Cristo mismo nos señala, toda vez que la vida es imposible conocerla si no la vivimos... La voluntad no resta luz a la inteligencia. Por el contrario, le ayuda a alcanzarla. Solamente el esfuerzo del alpinista, su voluntad decidida que le impulsa a subir le permitirá conocer la montaña».

Una última advertencia: en la hipótesis de que Dios exista, el que los hombres no creen en él no cambia en lo más mínimo la verdad y la realidad de su existir.

Y un último consejo: lejos de escandalizarse «el argumento de la Biblia», considere lo que este Libro por sí mismo representa de milagro, de realidad sobrenatural por su contenido —que se centra en Jesucristo—, por sus exigencias, por sus pretensiones y por su simple existencia. El mero hecho de que haya un Libro que pretenda ser la Revelación de Dios a los hombres merece nuestra atención y nuestro estudio. Porque tan oscurantista es el que rechaza sin examinar nada el que cree sin investigar. ¿Ha leído usted la Biblia? ¿La ha estudiado? ¿Conoce usted este fundamento bíblico que Jesucristo legó a la humanidad para su guía, instrucción y salvación?

EVANGELISMO EN ACCION
Asociación Evangélica Española
Apartado 5.496
BARCELONA

le ofrece la oportunidad de recibir gratuitamente un ejemplar de las Sagradas Escrituras contenidas en el Nuevo Testamento si lo solicita por carta.

NUSOH



PUBLIDIFUSION